

*Séptimo viaje.*  
*Al servicio de Harún al-Rasid*

Dicen que en el principio de los tiempos una pluma de luz creada por Dios escribió por sí sola todo lo que habría de suceder en el mundo hasta el día del Juicio Final.<sup>1</sup> Aquella pluma debió de dejar escrito que Simbad el marino saldría de Bagdad en siete ocasiones, pues a la vuelta de mi sexto viaje me vi obligado a embarcarme otra vez pese a que me había prometido abandonar para siempre los peligros del mar.

Ocurrió que un día entre los días llegó a mi casa un mensajero del rey y me dijo que el califa deseaba verme. Cuando llegué a palacio, me arrodillé ante Harún al-Rasid y le pregunté en qué podía servirle.

—Ya sabes, Simbad —me respondió el califa—, que yo soy un hombre agradecido.

—Yo mismo lo comprobé hace tres semanas —dije—, cuando me recompensasteis con tres sacos de oro por haberos entregado los regalos del rey de Serendib.

—Precisamente de eso quería hablarte. Como comprenderás, mi deber de hombre agradecido es corresponder a la generosidad del rey, así que deseo que vuelvas a Serendib para llevarle una carta y unos regalos.

---

<sup>1</sup> Como los cristianos y los judíos, los musulmanes creen que al final de los tiempos habrá un Juicio Final en el que los buenos se verán recompensados con el Paraíso y los injustos serán condenados al Infierno.

En aquel momento me sentí como si todas las mezquitas de Arabia hubieran caído a la vez sobre mi pobre cuerpo.

—Señor —dije—, a lo largo de mi vida he emprendido seis viajes, y he sufrido tanto en ellos que he prometido no volver a abandonar mi hogar. Eso quiere decir que si os obedezco incumpliré la palabra que he dado.

—Te comprendo, Simbad —dijo el rey mientras me echaba una mano al hombro—, pero deseo de todo corazón que seas tú quien cumpla mi voluntad. No te preocupes, seguro que Alá te allanará el camino para que regreses pronto a casa.

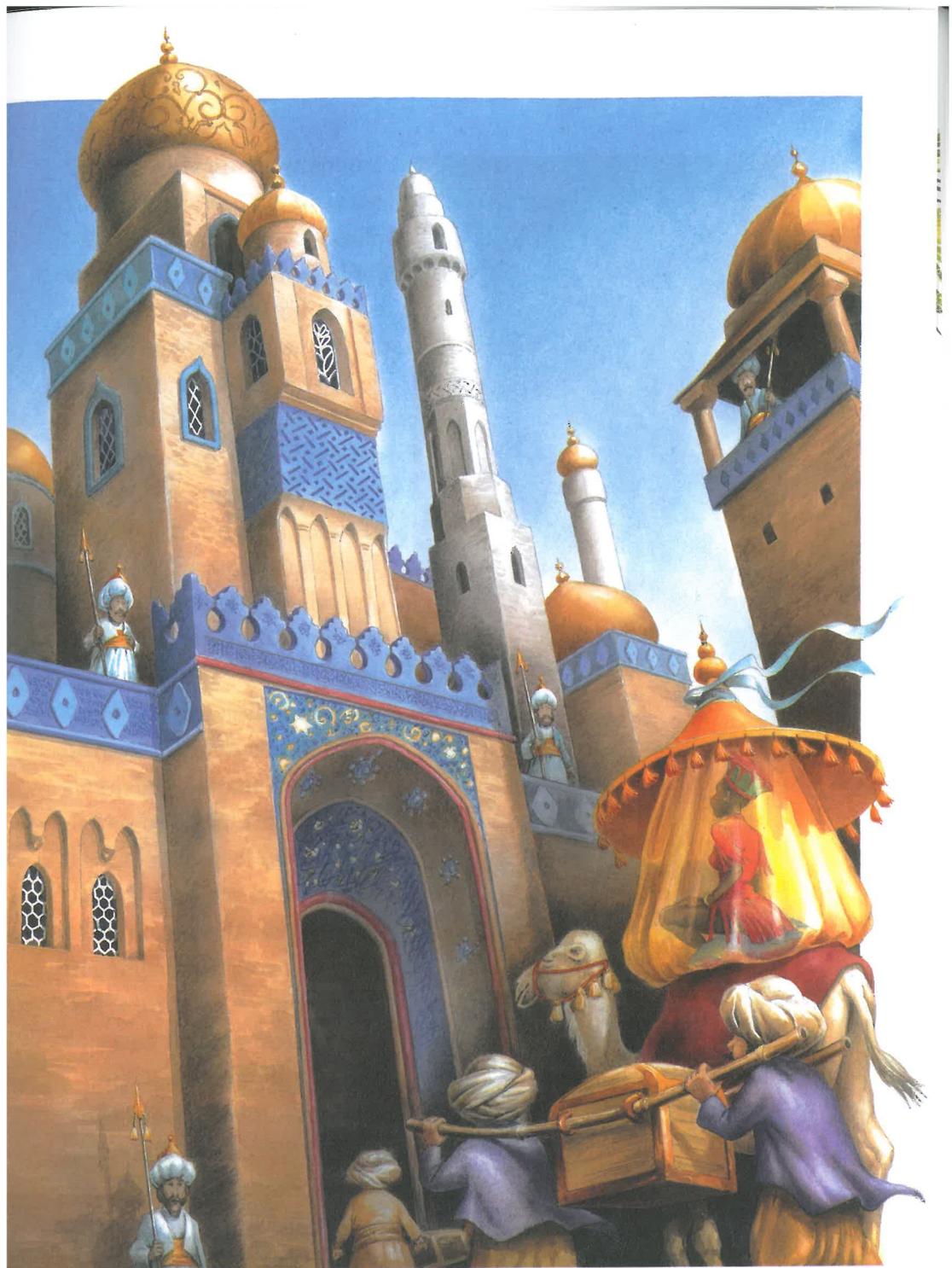
¿Qué podía hacer sino cumplir el deseo del califa? Tras despedirme de mi esposa y mis amigos me embarqué de nuevo, y los vientos nos fueron tan favorables que a las pocas semanas ya había llegado a Serendib para entregarle al rey de la ciudad los regalos de Harún al-Rasid. Había entre ellos tapices de Grecia y sedas de Egipto, una yegua hermosísima del color de la sangre, diez camellos guarnecidos con las mejores monturas de Arabia, un libro de páginas de oro en el que estaba escrita la historia de mi pueblo, una mesita que perteneció al mismísimo rey Salomón<sup>2</sup> y una hermosa carta escrita de puño y letra del propio califa que decía tan solo:

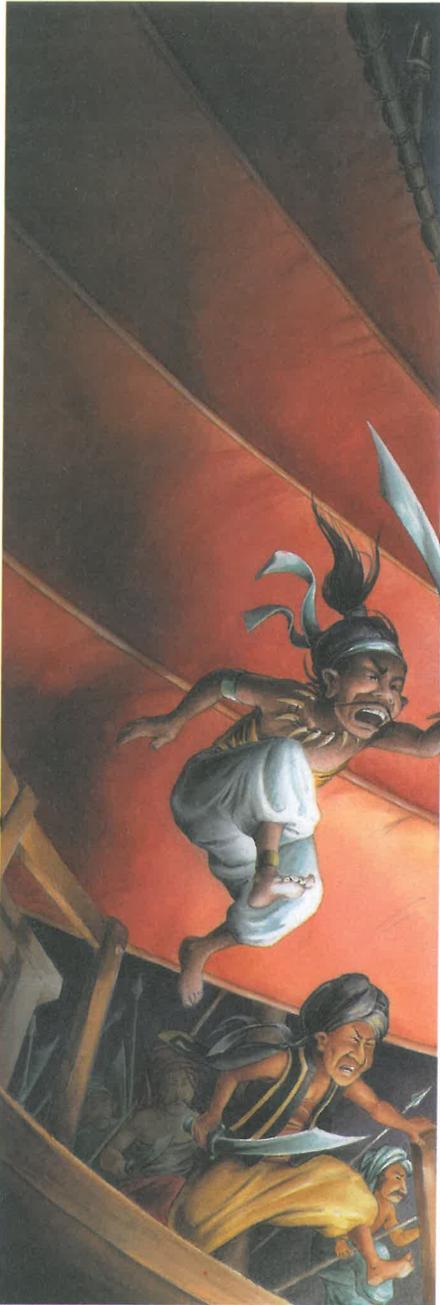


El rey de Serendib quedó tan complacido con los regalos y con la carta, que me recompensó la molestia del viaje agasa-

---

<sup>2</sup> **Salomón**, rey de los hebreos en el s. x a.C., fue famoso por su sabiduría.





jándome con fiestas y banquetes durante varios días, al cabo de los cuales me despidió con un fuerte abrazo y me dijo:

—Que la paz sea contigo, mi querido Simbad.

Mi viaje de regreso empezó tan bien que creí que en pocas semanas volvería a pisar mi patria, pero el destino es un libro cerrado que solo Dios conoce, y pronto supe que aún había en él algunas páginas amargas escritas con mi nombre. Una soleada mañana, mientras bordeábamos la costa, nuestro barco fue abordado por unos fieros piratas armados hasta los dientes. Algunos de mis compañeros de navegación se atrevieron a plantarles cara, pero pagaron su osadía con la muerte, mientras que el resto fuimos vendidos como esclavos en una isla cercana.

Más afortunado que la mayoría, yo caí en manos

de un rico comerciante que me ofreció comida en abundancia y me vistió con un traje decoroso.<sup>3</sup> El día en que me compró, tuve que confesarle que el único oficio que conocía era el de mercader, al que había dedicado toda mi vida.

—Pero seguro que puedes disparar un arco... —me dijo.

—Eso sí —contesté—, pues en mi juventud fui muy aficionado a la caza.

De modo que al día siguiente mi señor me entregó un arco y una aljaba<sup>4</sup> y me llevó a cazar. Tras cabalgar durante varias horas a lomos de un elefante, nos adentramos en una espesa selva.

—¿Ves aquel árbol? —dijo entonces mi amo, señalándome la palmera más alta del lugar.

—Sí —contesté.

—Pues súbete en él y, en cuanto veas venir a una manada de elefantes, les disparas. Yo vuelvo a la ciudad, porque tengo que atender unos negocios, pero, si derribas a algún elefante, corre enseguida a casa a decírmelo.

Pasé la noche al raso sin que apareciera un solo elefante, pero al amanecer una manada entera se adentró en el corazón del bosque. Entonces tensé el arco y comencé a disparar. Asustados, los elefantes echaron a correr en desbandada, pero uno de ellos cayó alcanzado por mis flechas.

Cuando la manada hubo pasado, bajé del árbol, volví a toda prisa a la ciudad y le conté a mi amo lo que había ocurrido.

—¡Buen trabajo! —me dijo.

Aquella misma tarde, los dos regresamos al lugar en el que había caído el elefante.

---

<sup>3</sup> **decoroso**: decente, presentable.

<sup>4</sup> **aljaba**: caja para flechas que se lleva colgada del hombro.

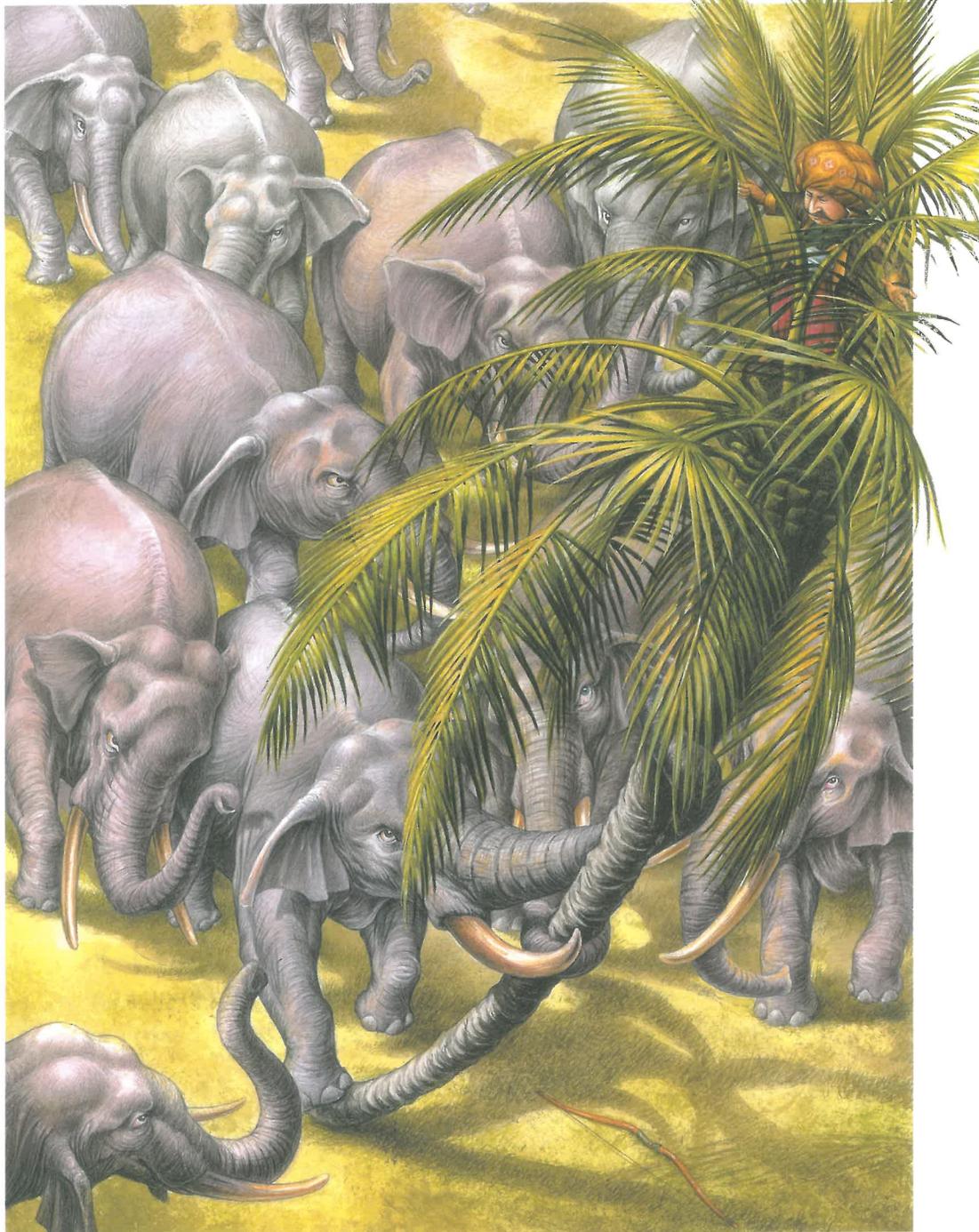
—Ahora cavaremos una fosa para enterrarlo —me explicó mi señor.

Me sorprendió mucho que en aquella isla enterrasen a los elefantes lo mismo que a las personas, pero mi amo me reveló que aquello no era un acto de piedad.

—Lo dejaremos bajo tierra tres o cuatro semanas y luego regresaremos a por él. Para entonces, su cuerpo ya estará podrido, y podremos arrancarle los dientes sin ninguna dificultad. Si has sido mercader ya sabrás que el marfil es una mercancía muy preciada.

En los dos meses que siguieron, me adentré en la selva todos los días, y no pasó uno solo sin que matara al menos a un elefante. Pero una mañana las cosas se me complicaron. Estaba encaramado en el árbol de siempre cuando apareció una manada de elefantes enfurecidos que hizo temblar la tierra: eran tantos que por debajo de mí no veía más que lomos grises. Uno de ellos se acercó a la palmera donde me encontraba y clavó en mí sus ojos llenos de furia. Sentí tanto miedo que el arco se me escapó de las manos y las flechas de mi aljaba cayeron a tierra. Entonces el animal rodeó el tronco con su trompa y comenzó a tirar de él hasta arrancarlo de cuajo. «¡Me va a matar!», pensé, pero el elefante no me maltrató, sino que me levantó con su trompa, me cargó sobre su espalda y echó a andar seguido por el resto de la manada. «¿Dónde diablos me lleva?», me decía a mí mismo con el corazón alborotado por los nervios. La respuesta no me llegó hasta pasado un buen rato, cuando el elefante se detuvo en un claro que se encontraba en lo más alto de una colina y, tras dejarme en tierra, se fue con su manada.

Al principio, no entendí el sentido de aquel extraño viaje, pero cuando eché un vistazo a mi alrededor y descubrí que



aquel claro estaba lleno de cadáveres de elefantes lo comprendí todo a la perfección. El jefe de la manada me había llevado hasta el cementerio donde iban a morir sus compañeros para decirme que allí podía obtener todo el marfil que quisiera sin necesidad de matar elefantes.<sup>5</sup>

Cuando regresé a la ciudad, me encontré a mi señor muy nervioso, pues había estado en el bosque y había visto la palmera a la que solía subirme arrancada de cuajo.

—Creí que habías muerto —me dijo.

—Nada de eso, señor —le respondí, y enseguida le hablé del cementerio de elefantes.

—¡Dios mío, soy rico! —exclamó entonces mi amo dando saltos de alegría.

Al día siguiente, los dos nos dirigimos al cementerio de elefantes, recogimos todo el marfil que pudimos y lo vendimos a muy buen precio en la ciudad.

—Desde luego, Simbad, eres un hombre de suerte —dijo mi amo—. Cuando te envié a cazar el primer día te oculté que cada año los elefantes matan en estas tierras a miles de esclavos que son enviados por sus amos en busca de marfil. En cambio, tú no solo has sobrevivido a varias cacerías sino que has encontrado la forma de hacer rico a tu señor. Por eso desde hoy mismo eres un hombre libre.

La generosidad de mi amo no se limitó a devolverme la libertad, pues al poco tiempo me entregó la mitad de lo que había obtenido con la venta del marfil y me buscó un barco que me devolviera a mi tierra.

---

<sup>5</sup> Desde antiguo se ha creído que, cuando los elefantes se sienten al borde de la muerte, se retiran a un lugar secreto para morir entre los restos de sus congéneres.

—¡Dios mío —exclamó Harún al-Rasid cuando regresé a Bagdad—, nunca creí que la misión que te encargué pudiera causarte tantos sufrimientos!

—No debéis preocuparos por nada —respondí—. Ya sabéis que siempre estaré a vuestro servicio.

—Lo sé, Simbad, y por eso voy a recompensarte. Hoy mismo le ordenaré a mis cronistas que escriban la historia de tus viajes con letras de oro en los libros del reino para que tus asombrosas aventuras queden en el recuerdo de todo el mundo.

Entusiasmado con tan honroso regalo, salí del palacio del califa pensando en aquellos lejanos años de mi juventud en que había acabado en la pobreza tras derrochar la fortuna de mi padre. Ahora, en cambio, soy un hombre rico y gozo de una vejez serena y desahogada. Calculo que mis siete viajes me han mantenido lejos de esta ciudad unos veintisiete años, así que ya no me quedan ganas de abandonar esta casa, donde me ha de encontrar la muerte cuando venga a buscarme. Sin embargo, nadie podrá decir que no me he ganado el nombre de Simbad el marino, pues conozco como nadie los secretos del mar y cada vez que me escucho el corazón siento en él el murmullo de las olas.